

EL FENIX,

PERIÓDICO UNIVERSAL, LITERARIO Y PINTORESCO.

En Valencia: 4 números 5 rs.—
12 id. 15.—24 id. 28.—48 id. 54.

Núm. 5.—Tomo 1.º—Domingo 2 de Noviembre de 1845.

En Provincias: 4 números 6 rs.—
12 id. 18.—24 id. 34.—48 id. 66.

JUAN LUIS VIVES.

Hace ya algunos siglos que nuestra culta Valencia, antes y despues de la abolicion de sus venerandos fueros, ha producido genios inmortales, cuyas obras forman la admiracion de los sábios. Boscan imitaba la llaneza y simplicidad de estilo, y aun las sentencias de nuestro célebre poeta va-

lenciano Ausias March, compañero y amigo leal del desgraciado príncipe Carlos de Viana. D. Guillen de Castro y Belvis compuso la famosa comedia *Las mocedades del Cid*, que sirvió al gran Corneille para la composicion de la inmortal tragedia del Cid. Gaspar Gil Polo, cuyas obras admiraba Cervantes, y que se imprimieron en Amberes, Bruselas, Paris y Lóndres, era valenciano como el anterior. Juan Es-



teve, hijo tambien de la ciudad del Turia, publicó el libro *de las elegancias*, mucho tiempo antes que Nebrija diera á luz sus escritos, á los cuales se atribuye la restauracion de las letras en España. Valencianos son asimismo Juan Nuñez, apellidado el Ciceron del siglo XVI; el elocuente Perpiñá y el matemático, poeta y literato Jaime Juan Falcó; el famoso botánico y médico Melchor de Villena, y los valientes y sábios caballeros D. Francisco de Moncada y D. Carlos Coloma, primer marqués de Espinar, que escribió las guerras de los Países-Bajos desde 1588 hasta 1599, y vertió en castellano los diez y seis libros de los Anales y los cinco de las historias de Tácito; Tosca, Cabanilles, Perez Bayer, Borrull y el tan celebrado D. Jorge Juan pertenecen tambien á nuestra patria, donde las artes alzaron un templo, donde Rafael no hubiera desdeñado colocar su nombre, ceñido de

gloria, entre Joanes y Ribalta. Pero en el presente artículo no podemos menos de hacer una honrosa memoria del inmortal Juan Luis Vives, cuya biografía se ha escrito tantas veces, y á la que tan poco nos queda que añadir. Hijo de padres de humilde posicion, como otros tantos genios distinguidos que han ilustrado al mundo con sus obras, nació en la calle del Torno viejo de santa Tecla en 6 de Marzo de 1492. Su padre se llamaba tambien Luis y su madre Clara Cervent. Algunos han creído que nuestro escritor fue preceptor de Felipe II; pero no hay ningun dato exacto que lo compruebe. Consagrada toda su vida al estudio, principió en Valencia su carrera literaria, desde donde marchó á Paris con el objeto de dedicarse á la filosofía, y combatió las cavilosas sofisticas de Lax y de Dullardo, cuando apenas se conocia en Francia el gusto de las bellas letras. Pasó tambien

algun tiempo en la universidad de Lovaina, y allí cultivó con aprovechamiento las lenguas latina y griega, dándose á conocer por un profundo filósofo y excelente humanista, y por sus veinte libros titulados del Arte de enseñar, que esplicó públicamente á sus discípulos. De Lovaina volvió á París, y en el año 1512 fijó su residencia en Brujas y contrajo matrimonio con Margarita Valdaura, cuyas costumbres suaves y puras formaron el encanto de nuestro célebre escritor. Despues de casado estuvo en Oxford con el objeto de visitar aquella universidad, y despues regresó á Brujas, donde, atacado de molestas enfermedades, falleció en 1540, á los cuarenta y ocho años de su edad. La inscripcion colocada sobre su sepulcro es un elogio magnífico del distinguido literato valenciano, cuyo ingenio tuvo que luchar con el gusto teológico de la época, dando á los estudios literarios una nueva forma desconocida hasta aquel tiempo. Ciertamente es que luchó al principio desventajosamente contra el escolasticismo, que dominaba entonces en la mayor parte de las universidades; pero superior á cuantos escritores filosóficos figuraban en ellas, vió por fin coronados sus esfuerzos por los mas brillantes resultados. Se alzaron en contra de sus doctrinas literarias las notabilidades mas celebradas de su tiempo; pero confundió sus sofismas, y preparó el camino que debia separar las escuelas del gusto de las que con tanto aplauso contaban una existencia inmensa desde los dias de Abelardo. Sus afanes continuos, su continuo estudio, y sobre todo su crítica, poco conocida de sus contemporáneos, le han colocado justamente entre los principales restauradores de las letras. — V. Boix.

VALENCIA ARTISTICA Y MONUMENTAL.

Ruinas del castillo de Enésa.

Acaso es el Puig la villa mas antigua que se encuentra entre Valencia y Murviedro, pues con bastante fundamento aseguran varios escritores ser anterior á la célebre Sagunto; pero no fue conocida con este nombre hasta el tiempo de la conquista, sino con los de *Enésa* y *Cebolla*, que segun piensan algunos historiadores, eran dos lugares distintos aunque muy inmediatos el uno al otro (1). Su antigüedad y la importancia que en posicion topográfica le concedia, en el tiempo de la conquista hacen se la mire con respeto, llena de venerandos recuerdos, y aun prescindiendo de los que ha dado lugar el hallazgo de la Imágen de la Virgen, y ereccion del magnífico monasterio, encontraremos en cada casa y en cada piedra un hecho que admirar, un nombre que transmitir con gloria á la posteridad.

(1) Mas es preciso advertir, para quitar una equivocacion, que aunque el Rey D. Jaime, en su Escritura de Donacion llama al Puig indiferentemente, de Enésa, ó Cebolla; no es lo mismo; que esto es, porque en dicha Escritura hace tambien donacion á mi Religion de la Iglesia, con todos los derechos Parroquiales, agregando á ella el lugar de Cebolla; porque Enésa, y Cebolla eran en lo antiguo dos Poblaciones distintas. Consta esto de casi todas las Escrituras antiguas del Siglo de la Conquista. La de Donacion de Parroquia, que hicieron el Ilmo. Sr. Obispo, y Cabildo de Valencia, año 1245. dice assi: *El Rector, como verdadero Rector administre á sus Parroquianos, es á saber, del Puig, y de Cebolla.* Otra, autorizada por Pascual de Ne...bus Notario público de la Ciudad de Valencia año 1330. dice: Que Raymunda, Viuda de Pedro Elrque, antes habitador en la Villa del Puig, y despues en la Ciudad de Valencia, recibió de Berenguér Gaconi, habitador en Cebolla, 150. sueldos, precio de un pedazo de tierra, que le vende sito en dicha Villa del Puig, &c. (*Monumento I.*) Es pues cosa muy clara, que al tiempo de la Conquista era Cebolla Lugar distinto, hoy arruinado, del Puig. *Historia de la Virgen del Puig, por el R. P. Fr. Francisco Martinez.*

Pero entre todos los edificios que aun subsisten en parte, descuella en una altura un monton de escombros y en medio de ellos hay una descuidada cisterna, que nos dicen que allí estuvo el antiguo castillo, que allí se creyeron fuertes los moros, que allí ondearon los aragoneses estandartes, y que aquel fue el punto elegido por D. Jaime para que sirviera como de llave para la conquista de Valencia.

Todo tiene sus recuerdos y su historia, y hasta la casi olvidada cisterna tiene tambien los suyos y su popular tradicion. Créese que hallándose sitiados los caballeros cristianos y careciendo de agua, el caballo del rey D. Jaime dió en el suelo una patada con la que abrió un agujero y se encontró la cisterna que hoy existe, por lo que es conocida por todos aquellos lugares con el nombre de *Patada del rey Don Jaime.*

Mas recuerdos, sin embargo, inspiran al hombre pensador, algunos pedazos que todavia existen de la antigua muralla del castillo, y no puede menos de considerar la sangre que se habrá derramado con la intencion de guardar aquellas piedras, y los memorables hechos que con este objeto y motivo tuvieron lugar.

Seria nunca acabar el hacer mencion de todos ellos, pues basta para conocer la importancia de aquel punto, la prisa que se dió el rey D. Jaime en reedificarlo luego que los moros lo abandonaron y el ahinco que puso en conservarlo. Conocimiento tienen ya nuestros lectores de la célebre batalla en que D. Bernardo Guillem de Entenza derrotó el ejército de Zaen y por la cual se levantó la ermita de san Jorge; pero no fue solo esta vez la que dió lugar á célebres acontecimientos la guarda de aquel fuerte. En muy poco estuvo que el rey D. Jaime no cayera prisionero en poder de los moros, como le sucedió á uno de los de su escolta, por querer á todo trance salvar el castillo de un asalto. Fue el hecho, que hallándose el rey en Burriana tuvo noticia de que Zaen habia vuelto á salir de Valencia con el objeto de ganar el castillo de Enésa llamado entonces por los cristianos *de Santa Maria*, é inmediatamente lo supo juntó su gente y se puso en marcha para Murviedro. De allí mandó sus corredores para averiguar lo que de cierto hubiera, y vueltos al campo le manifestaron ser falsa la noticia, por lo que determinó volverse á Burriana, adelantándose á pasar el rio de Murviedro con diez y siete caballeros, entre los cuales iban D. Pedro Cornel, D. Gimén de Foces, D. Fernán Pérez de Pina, Fortuño Lopez y Miguel Garces, y á la otra parte del rio encontrábase por casualidad algunos moros que, juntos con la gente de D. Artal de Alagon, desterrado entonces del reino y unido á los enemigos de la fe, formarían el número de ciento y treinta de á caballo, y aunque inmediatamente que Miguel Garces les vió dió el grito de alarma y arremetió hácia ellos, los demás, contenidos por el monarca, no le siguieron y fue hecho Garces prisionero. D. Artal de Alagon no quiso sin duda atacar á los cristianos por respetos á la persona del rey, y habiendo esperado éste socorro de D. Berenguér de Entenza, llegó á Burriana sin otra pérdida que la de Garces.

Tambien supo el rey que dentro de aquellos muros habia muerto su tio, el valiente caballero D. Bernardo Guillem de Entenza, y constituido inmediatamente en aquel punto determinó, contra el parecer del infante y de los ricos-omes, no abandonar el castillo del Puig ni su frontera hasta que ganara la ciudad; como así lo verificó.

No concluiremos este artículo sin escitar el celo de quien corresponda, para que se arregle la cisterna que está en el alto de Enésa, lo cual seria poco costoso atendida la facilidad de limpiarla por su poca profundidad y la proporcion de piedra con que hacer una baranda ó balaustrada. — F. de P. Arolas.



EL VIEJO SOLTERON.

Derrumbado ya en el mundo
 Como un árbol carcomido,
 Ni aun fuerzas para un gemido
 Me presta ya el corazón.
 Y es árida mi existencia,
 Como el bosque en el invierno;
 Y mi afán siempre es eterno
 Sin la magia de ilusión.

Mi vida se ha deslizado
 Por un desierto sin flores;
 Breves fueron mis amores
 Pues mi aliento los mató.
 Y en los sueños de la vida
 Mis placeres se abismaron,
 Y en las sombras me dejaron
 Donde el alma se perdió.

Jóven, bello y entre el oro
 Desprecié de amor un cielo,
 Y en el fango de este suelo
 Alcé al vicio un negro altar.
 Y al salir las frias canas
 Sombreado ya mi frente,
 Encorbadlo torpemente
 Mi cuerpo se ve arrastrar.

Arbol seco junto al cauce
 De un torrente en bosque umbrío
 Ni le da vida el rocío,
 Ni la luz le alegra ya;
 Ni el pájaro allí en su tronco
 Formará su blando nido,
 Ni la tórtola un quejido
 A su sombra exhalará.

Empujado en la corriente
 Que arrastra doquiera al mundo,
 Hundido en su cieno inmundo
 Sobre ella no flotaré;
 Ni á los vientos del invierno
 Mi frente marchita alzando,
 Su furor desafiando
 Por mis dias correré.

Y al llegar al borde oscuro
 De mi tumba solitaria,
 Ni lágrima, ni plegaria
 Seguirá á mi eternidad.
 Que al morir, la voz mas dulce
 Que resuena en el oído;
 O es de un hijo algun gemido,
 O es el ay de la amistad.

V. Boix.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Erase el domingo 26 de Octubre del año de gracia de 1845; la tarde estaba hermosa y el anochecer convidaba al público de la ciudad del Cid á reunirse en la Glorieta, y disfrutar allí ora del descanso debido tras las faenas de la semana, ora á gozar de la presencia de tan hermosos rostros, de tantos esbeltos y bien ataviados talles como se encierran dentro de sus muros: cada uno llevaba en aquella galante reunion, la única por desgracia en los siete mortales dias de la semana, diferente objeto, muy variada idea: todo era allí placer y alegría, y en muchos rostros brillaba el contento del corazón: las estrellas envidiosas resplandecian con su chispeante luz, y los faroles del gas alumbraban con mas resplandor que nunca aquella escena de delicias; cuando, ¡funesto instante! de repente desaparece aquella claridad sin que precediera aviso, y á lo que creemos, motivo alguno, dejándonos envueltos en las mas completas tinieblas: tórnanse al momento aquella sosegada paz en horrible confusion; buscan los padres á sus hijas, los amantes á sus amadas, los maridos á sus mugeres; gruñen los enamorados, patean los celosos, se asustan los de ánimo acongojado, tiemblan los pacíficos, y todos maldicen y corren presurosos á buscar las salidas del paseo.— Esto es una infamia, decian unos.—Una picardía, añadian otros, — y todos se preguntaban y nadie sabia el motivo de aquella tenebrosa oscuridad. Apenas habia una hora que se habia alumbrado el gas y ya se apagaban los mecheros; creia el público que se le permitiria pasear dos horas al menos y se le ponía á la puerta sin conmiseracion. Si, señor, sin conmiseracion ni piedad, enviando á cada próximo á buscar su vida donde mejor le pareciese. ¿Si será acaso una nueva economía para hacer menos penoso el sistema tributario? Puede ser; pero en este caso propondríamos que en semejantes dias se colocase un cepillo en cada puerta de la Glorieta, con un rótulo que dijera: «Almas caritativas que quereis pasear á la luz de los faroles, ayudadnos á pagar el gasto que origina; no se os pide mas que dos maravedis por persona, nada mas que dos maravedis, y por ellos podreis pasearos cuanto os plazca, y aun sufrir si así lo quereis las consecuencias de la humedad.» Seguros estamos que el caritativo corazón de nuestros prógimos llenaria con presteza los cepillos, aunque en su interior dijese: «si me paseo mi dinero me cuesta.» Suplicamos encarecidamente al que del alumbrado cuida, que otro dia, si acaso debe sumirnos otra vez en las tinieblas, se sirva fijar por la mañana en las esquinas un aviso que diga: «esta noche se apagará el gas de la Glorieta á las seis y media en punto,» para que cada uno pueda tomar las medidas que le parecen convenientes, á fin de retirarse mas temprano á sus hogares. La conveniencia pública y la moralidad lo reclaman imperiosamente.

Los bellos dias de este otoño inspiraron al señor G.... jóven de alegre y traviesa imaginacion, á convidar á sus amigos á un día de campo, vulgo *paella*, en uno de los pueblos de esta deliciosa huerta, pasando allí el dia alegremente entre el arróz y las Dorilas del campo. Contábanse entre esta alegre comitiva los señores G. C..., H..., M..., A... y D..., jóvenes todos y ávidos de emociones; de aquellas sobre todo que nacen del aire puro del campo, y de una suculenta comida; en fin, una diversion entre romántica y clásica que de ambas cosas debia participar. Pero el señor G.... de nada menos tenia gana que de ver los ojuelos de sus compañeros brillar al acercarse la hora del refrigerio, despues de haber hecho mil travesuras entre aquellas juguetonas y candorosas campesinas. Convínose con el sacristan del pueblo, que es al mismo tiempo, si no nos equivocamos, maestro de escuela y director de orquesta, que al tiempo de pasar la procesion matutinal le haria una seña, á pesar de lo grave de la situacion, para que la alegre caravana se persuadiera que todo el negocio les iba á salir á pedir de boca. Los convidados empezaron desde la vispera á saborear el delicioso dia que les esperaba, y hubo quien creyendo jugar una buena al anfitrión, suspendió la cena y almuerzo acostumbrados para dejar libre y espedito su esófago.

Apenas la gentil aurora empezaba á asomar su rosada faz por los balcones de Oriente, cuando nuestra alegre juventud, toda gozosa y risueña con el porvenir de su dicha, dejó el mullido lecho, y reuniéndose en el punto designado emprendieron su marcha al sitio donde les esperaban los degollados pollos, y el néctar delicioso que aquel manjar debia rociar; y no faltó alguno que preveyendo alguna economía en su casa,

dispuso la disminucion de la cena de aquel dia. ¡A tal grado llegaba su ilusion!

Poco mas de las nueve eran cuando llegaron al pueblo deseado: dividiéronse por doquiera: quién haciendo alarde de su gallardía, quién improvisando versos y quién entusiasmado con su decir á las jóvenes inespertas, que por su bien ignoran el engañoso lenguaje de la ciudad. Pasóse la mañana alegremente hasta que el reloj, tal vez aquel dia mas presuroso que de costumbre, anunció la hora del descanso y.... de la comida.—Viva G....—esclamaban todos; y todos le abrazaban y le felicitaban por los dulces momentos que les proporcionaba. Dió, sin embargo, la una, las dos, las tres y el arroz se mantenía oculto: empiezan á debilitarse los estómagos, á tenderse otros de debilidad y á murmurar todos. La tenebrosa voz «se nos engaña» empezó á circular; y á permitírsele el hambre que habia en un todo debilitado sus fuerzas, el señor G.... hubiera pasado un pésimo cuarto de hora. Desilusionados entonces perdieron la esperanza del arroz con pollo y solo pedian pan: el tierno corazón del anfitrión no pudo resistir á tanto clamor, y las cuatro sonaban pausadamente en el reloj de la torre de la iglesia, cuando apareció el sacristán sonriéndose malignamente, llevando en sus manos cuatro panes y un cántaro de agua, diciéndoles al entregárselos: «Aquí está, señores, la comida encomendada.» Gran confusion se armó entre los engañados, y ya se aprestaban la mayor parte á vengar el ultraje hecho á sus estómagos con el sacristán cómplice en aquel desacato, si éste no hubiera desaparecido al través de los campos y acogido á la iglesia á rezar el rosario acostumbrado.

¿Qué habian de hacer en aquel apuro? el dia declinaba y el pueblo estaba exhausto de recursos; acometieron con firme ánimo á los panes, que en aquellos momentos hubieran deseado ver en ellos renovarse el milagro de la multiplicacion, tomando despues mohinos el camino de Valencia, desfallecidos, pálidos y mas en estado de tomar un refrigerante caldo que de pasear; jurando en su interior una y mil veces el no dejarse atrapar otra vez por las promesas de nadie y menos del señor G...., que ríe y se goza con la forzosa abstinencia en que aquel dia de delicia tuvo á sus amigos. Cuidado con la revancha: la venganza de un estómago hambriento es cruel y sin piedad.

Preguntaba á la vuelta una de las esposas á su marido:—¿Qué tal? ¿te has divertido?—Mucho, contestó el paciente, pero si quedara algun resto de la cena me vendria de perillas.—Cómo, replicó la esposa, ¿qué no has comido?—Sí, mucho, pero ese diablo de G.... nos ha dado una comida tan suculenta, que temo, querida mia, me haya causado alguna indigestion.

MARGARITA PUSTERLA,

NOVELA HISTÓRICA.

Traducción de D. P. García Cadená.

(Continuacion.)

Pero la calma de aquella inocencia al paso que inflamaba su pasión le impedía declarársela á Margarita. Poseer aquella virgen candorosa que un escelente padre formaba para la virtud, seria en efecto la felicidad de su vida; pero ¿podía él por su parte hacerla feliz? Los destinos de su patria y de su familia estaban en suspenso. Podía, es verdad, retirándose á una comarca libre ser allí el primero de sus conciudadanos, investido de la autoridad de un nombre honrado ó de un carácter mas honrado todavía, y conducir á su patria por las vias de la justicia y de una gloriosa paz; pero este porvenir seductor tenia por árbitros á unos príncipes conocidos por su habitual egoismo. Si le faltaban á su palabra, si prevalecian los manejos de la ambicion, podía verse no solamente destinado á una vida oscura, sino también condenado á un destierro perpétuo y precipitado en esas peligrosas empresas en que el hombre de corazón, semejante al náufrago en alta mar, quiere arriesgarse solo para sostener la lucha con mas

firmeza, para sucumbir con menos dolor cuando el deber ó la generosidad le imponen un sacrificio. Alimentar en tan amarga duda la llama naciente de Margarita, era, pues, arrastrar otra víctima por la escabrosa senda de su destino, y los mas amargos remordimientos hubieran destrozado su corazón al turbar el reposo de aquella alma virginal, aquella sonrisa que la inocencia engendra en la primavera de la vida y que desaparece tan rápidamente para dar cabida al pesar, á la amargura del desengaño y á las inútiles lágrimas que devoran el resto de nuestros dias: decidióse pues á ocultar su llama y á disimularla al menos en sus discursos á despecho de su corazón.... ¿Pero cómo ocultar el amor? Mal su grado se le escapaba un trasporte, una palabra indiscreta, una delicada galantería, una de esas nimiedades, en fin, que revelan á las mugeres el hombre cuyo inflamado aliento abrirá en su corazón la flor del deleite.

La fortuna realizó bien pronto los temores de Buonvicino declarándose contra Plasencia. Aunque la conquista de esta ciudad fuese uno de los deseos mas vivos de Azona, el cual se creia con derecho á recobrarla por haber pertenecido á su padre, no se aventuraba, sin embargo, á atacarla de frente por temor de atraerse la cólera de la santa sede que la tenia bajo su proteccion. Pero en cambio se valia de agenas influencias para conseguir su objeto. Francisco Scotto ambicionaba el gobierno de Plasencia, donde su familia habia dominado en otro tiempo, y queria someterla á su poder oprimiendo á los Landi sus rivales y arrojando á los parciales del papa. Para llevarlo á cabo se puso de inteligencia con los Fontana, los Fulgosi y otras familias del pais, los cuales habiéndose apoderado de la ciudadela, proclamaron á Scotto por señor, abolieron la supremacia del papa y desterraron para siempre á los partidarios de los Landi, en particular á Buonvicino.

Este sobrellevó con paciencia su desgracia, firmemente persuadido de que Azona, como lo prometia sin cesar, tomaria las armas contra el nuevo tirano y pondria otra vez á Plasencia libre en manos del papa y de sus habitantes. Pero Azona poniendo en uso su artificiosa política habia contribuido bajo mano á que Scotto se apoderase de Plasencia, no por amor á él, sino para poder despojarle despues sin atropellar la autoridad de la corte pontificia. Armóse, en efecto, contra él, y todos los desterrados tomaron parte en la expedicion; Buonvicino fue uno de los primeros y de los mas valientes, y aquel egército inflamado por el deseo de recobrar su perdida patria, en breve reconquistó á Plasencia. Pero ¿cuál seria la confusion y el furor de aquellos hombres y sobre todo de Buonvicino, al ver que Visconti en vez de proclamar la libertad, hacia deponer las armas á los dos bandos y colocaba á Plasencia entre sus posesiones como buena y valedera conquista, haciéndoles de este modo el juguete de su infame perfidia!... Despojado Buonvicino de sus bienes y detenido por fuerza en Milan, veia, pues, desvanecerse á la vez la grandeza de su patria, el lustre de su familia y los sueños de su juventud, sin que le quedase otra cosa que esa herencia comun á tantos gentil-hombres de Italia en aquella época, su valor indomable. No hallándose dispuesto á venderse al que mas le ofreciera, debia recurrir á su propia virtud, y buscar en ella ese goce íntimo que aun en el seno de las mas horrosas miserias acompaña y consuela á las víctimas de una causa justa.

Entonces acabó de convencerse de que no podía unir su suerte á la de una jóven de tan elevada alcurnia y tan digna de la mas alta condicion. Para que no se dijera que abandonaba la causa de sus hermanos de infortunio, aliándose á la familia del tirano, dejó de frecuentar la casa de Margarita á quien solo veia raras veces, y, si bien es verdad que no pudo desprenderse de ella enteramente, ocultó por lo menos la ternura que la profesaba, y llegó finalmente

á convencerse de que la habia borrado de su corazon.

En la corte de Azona habia conocido Buonvicino al caballero Francisco Pusterla que gozaba á la sazón de mucho influjo en la corte del príncipe y no habia abusado jamás de su favor para dañar á otro ni para enriquecerse; hombre honrado, generoso, lleno de recuerdos de las antiguas virtudes italianas y animado por el bien de la patria. Quizá ese género de debilidad que consiste en aparentar actividad y energía, esa inquieta manía de acción, esa sed de figurar y de gozar de la vida, le hacian incapáz de resistir á la fascinación de los honores y al atractivo del poder. Por otra parte, las faltas del príncipe no le inspiraban el deseo de combatir las por medio de prudentes consejos, ni menos se atrevia á desobedecerlas ni á tacharlas con su desprecio, de tal modo la seducción de ocupar el primer rango en la corte y en la ciudad, le impedía comprender que aquel se distingue mas que desdeña con mas desprendimiento los bienes que se disputa la muchedumbre.

Buonvicino le creyó á propósito para hacer la felicidad de Margarita, cuya familia estaba ya unida á la de Pusterla con los vínculos de la amistad. Los defectos de la juventud debían desaparecer con ella, y Pusterla poseía todas las cualidades que bastan para satisfacer los ojos, la razón y la imaginación de una jóven. Margarita, feliz y colocada en una brillante posición, digna de sus virtudes, podía ser el modelo de las mugeres lombardas. Amigo íntimo de las dos familias, Buonvicino les propuso esta alianza, que agradaba en extremo á Huberto Visconti, deseoso de unir una hija tan querida á un tan cumplido caballero. Pero á quien mas lisonjaba esta unión era á Pusterla que debía poseer una muger sin rival, famosa por su belleza y sus gracias y cuya mano le emparentaba con la familia reinante.

Cuando Margarita echó de ver la frialdad de Buonvicino, cuando le vió evitar las ocasiones de encontrarse con ella y abstenerse de las ocupaciones á que solían entregarse juntos, como tocar el laúd, leer la divina comedia de Dante y otros libros franceses y provenzales, la mas honda melancolía se apoderó de su alma. La infeliz examinaba una á una cada una de sus acciones, cada uno de sus pensamientos, para ver lo que habia podido desagradarle en



A.T.

ella, y no pudiendo encontrar su falta, se desesperaba y se deshacía en lágrimas. Entonces se confesaba ya su amor á sí misma, acusaba de crueldad á Buonvicino por no haber

correspondido á un afecto tan verdadero, y poco despues se echaba en cara su vanidad y su locura: ilusión habia sido el creer que la amaba; no, jamás él se lo habia dicho, jamás su imágen habia quizá ocupado un instante su memoria. Y la infeliz queria convencerse á sí propia de que las atenciones de Buonvicino hácia ella no eran otra cosa que el efecto ordinario de la galantería de un caballero, las maneras que emplean todos los señores al tratar con una jóven: su corazon entraba despues en lucha con su razón y la recordaba esas mil pequeñeces inefables que son el supremo bien para los que aman; reanimaba en ella la poesía de las primeras turbaciones del alma, aquellos trasportes interiores que el rostro no revela, aquellos temores de no ser comprendida, aquella suprema alegría de haberlo sido. Estos recuerdos la persuadían nuevamente de que Buonvicino la habia amado, y su imaginación se perdía mas y mas en ese laberinto de impresiones diversas que despierta en el alma el pensamiento de un voto frustrado, de una esperanza fallida. Ora se echaba en cara el no haber descubierto bastante el fondo de su corazon, ora se arrepentía de no haberlo cubierto con un velo impenetrable; y no encontrando en el pasado ni en el presente sino pesares y sufrimiento, procuraba desterrar de su memoria el recuerdo de su insensata ilusión. Entonces se creía libre de su pasión; volvía á sus lecturas, á su laúd, á sus paseos; pero los sonos del instrumento le recordaban la voz que solía mezclarse á sus acordes; sus libros ofrecían mil alusiones á los sentimientos vivos ó estinguidos de su corazon, pasajes que él le habia explicado otras veces y que exigían todavía un intérprete; aquellos paseos solitarios le parecían tristes y monótonos desde que no la acompañaba la esperanza de encontrar en ellos á su amante.

Pero el tiempo es un poderoso remedio aun para las grandes pasiones. Margarita debía por fin convencerse de que habia sido el juguete de una ilusión, cuando vió á Buonvicino negociar su matrimonio con Pusterla. Este amor que no se habia alimentado nunca sino de su propio atractivo y de sus propias esperanzas, debía arrancarlo sin mucho esfuerzo de su corazon. Los elogios de Pusterla resonaban continuamente en sus oídos: las proezas que le habian distinguido en la última expedición contra Plasencia habian extendido la fama de su valor por toda la Lombardia;... y ¿cuál es la muger que no se muestra ufana de poder decir: «ese hombre cubierto de gloria me pertenece?»

Cuando su padre le preguntó si sería feliz uniéndose con Pusterla, Margarita no rechazó la idea de esta alianza. Así que hubo conocido al jóven y encontrado en él todas las cualidades que convienen á un gentil-hombre y á un perfecto caballero, bendijo al cielo por haberla favorecido de tal suerte y cifró en su futuro esposo toda su felicidad. Finalmente, cuando estuvo segura de que le amaba y de que sería eternamente correspondida, le prometió al pie del altar el mas vivo, el mas tierno y el mas acendrado cariño.

Las memorias de aquel tiempo están acordes en las alabanzas que tributan á la jóven esposa. «Era, dicen las crónicas, bella, cortés, benévola y afable con sus inferiores, caritativa con los pobres, dotada de un carácter igual y de una conversacion amena y constante en esa dulzura de genio que en la muger equivale á todos los otros dones y que es el mas precioso de todos para su felicidad y la de los seres que la rodean.» Sin duda tuvo defectos, ¿qué criatura no los tiene? pero los historiadores no hacen mérito de ellos, quizá porque al atractivo de una estremada juventud reunió Margarita un grande infortunio: porque el hombre es tan propenso á olvidar las imperfecciones de los que obtienen su piedad, como á inventarlas en aquellos que le causan envidia. Nos consta por otra parte que sus iguales la acusaban de emplear un grande estudio en los modos de parecer bella, buena y virtuosa: los que creen que la suprema virtud con-

siste en abstenerse, la acriminaban de que mediase en las desgracias de los otros para socorrerlas: Margarita hacia bien y por consiguiente hizo tambien ingratos que buscaban en la maledicencia una excusa á su ingratitud: unos decian que su devocion no era sino mogigatéz; otros aseguraban que sus beneficios no eran siempre el efecto de un corazon puro y de una recta intencion: el mayor número le echaba en cara su ignorancia del mundo, porque preferia la sinceridad del sentimiento y la sencillez de la franqueza á esa política acompañada que la sociedad enseña y pretende imponer á sus esclavos. En una palabra, Margarita poseia todas las virtudes necesarias para dar alimento á la maledicencia y para hacer la felicidad de aquellos que la conocian y la trataban. ¿Qué diremos del que la poseia?

La idea que se tenia entonces del matrimonio permitia á una muger, mas diré, le imponia, si era bella y de elevado rango, el deber de admitir á su trato uno ó mas caballeros, los cuales le dedicasen sus empresas formalmente en la guerra ó por mera galantería en los torneos. Empero Margarita renunció á esta costumbre de su tiempo, porque no creia que la moral pudiera tomarse como un juego ó como un capricho de moda.

Si el pensamiento de Buonvicino se presentó alguna vez á su memoria, si volvió á recordar los primeros sueños de su juventud, cosa es que no me es dado averiguar; mas lo que sí diré es que el primer amor se borra dificilmente del corazon y aun que no se borra jamás; lo que sí diré tambien es que ni aun la virtud mas rígida se atreveria á inculpar inocentes recuerdos.

Distintos sentimientos agitaban el corazon de Buonvicino. La pasion que el desgraciado creyó haber ahogado en su pecho no estaba sino adormecida, y cuando vió que Margarita aumentaba de dia en dia la felicidad de Pusterla, reanimóse la antigua llama con toda su intensidad. Como quiera que la amistad le autorizaba á frecuentar la casa de Margarita, tuvo ocasion de ver como se desarrollaban en la muger los gérmenes de virtud que habia reconocido en la jóven doncella. La calma, la constante serenidad con que embelesaba la existencia de su marido, hacian ver al infeliz amante los frutos de la educacion á que tanto habia contribuido. Aquellos sueños de inocente alegría que arrullaron su existencia en el tiempo de sus floridas ilusiones, cuando le sonreia la esperanza de poder alcanzar un dia el bien supremo, véalos en fin realizados, pero realizados para la felicidad de otro, y este otro era su amigo, á quien él mismo con sus manos habia preparado aquella inefable beatitud: y este amigo, cada vez que se encontraban juntos, derramaba en su seno la plenitud de un corazon que rebosaba alegría, le pintaba con el ardor de un esposo entusiasmado las virtudes de Margarita, cada dia mas perfectas, y le bendecia por haberle mostrado un objeto tan digno de poseerlas. Acosado así por la conviccion de las brillantes cualidades de su querida, y obligado, sin embargo, á comprimir su ardor de modo que no pudiera traslucirse, la pasion de Buonvicino se acrecentaba de dia en dia por mas que llamaba á la razon en su socorro.... ¡la razon! escelente remedio para olvidar ó prevenir; pero cuando la pasion se ha apoderado del pecho, terrible, devoradora; ¿dónde está la fuerza de esa impotente consejera?

Sin embargo, el amor de Pusterla á Margarita se fue entiviando poco á poco y en breve se consagró aquel enteramente á agradar al príncipe. Digo mal; su amor no disminuyó sino que confundido entre los tumultuosos proyectos de la ambicion, abandonó las incomparables dulzuras del hogar doméstico, para consagrarse á los cargos públicos, á las armas y á la magnificencia: ya hemos dicho que inclinado á buscar la felicidad en las tempestades del alma ó en las agitaciones de la vida, Pusterla no era á propósito para gustar

los supremos goces de la familia. Pasada pues la primera efervescencia de su amor á Margarita, buscó en otros amores ó en los vínculos renovados de pasiones efímeras, placeres menos apacibles y mas tempestuosos. No obstante, lo repito, la ternura y la estimacion que profesaba á su esposa, no por eso disminuyeron: fenómeno que me detendria á explicar si fuera mas raro en este mundo.

Ausente de Milan durante meses enteros ó absorbido, sino, por la corte y las reuniones brillantes, poco tiempo le quedaba que consagrar á Margarita. Cuando esta esperiméntó la amargura de cerrar los ojos al mas tierno de los padres, Pusterla, que á la sazón viajaba con el príncipe, no corrió á compartir con ella su dolor, sino que se contentó con escribirle esas palabras de consuelo que tienen tan poco imperio sobre el corazon cuando no salen de los labios de la persona amada.

Buonvicino, por el contrario, fue para Margarita en estos momentos de prueba, un tierno y verdadero amigo. Reprobando en su interior el abandono en que la dejaba Pusterla, redobló para con ella la mas afectuosa solicitud y se mostró lleno de un noble y desinteresado sentimiento de piedad.

Pero de la piedad al amor no hay mas que un paso. No, nada seduce tanto como las lágrimas en los ojos de la hermosura y el placer de enjugarlas con mano consoladora. El mudo y gracioso reconocimiento y el abandono tan natural al dolor con que Margarita recibia las atenciones de Buonvicino, conmovian á este profundamente, y el pobre amante se creia feliz con gozar aquellos inocentes derechos de la amistad: la comunidad de sentimientos, de opiniones, de simpatías, los rasgos sublimes de magnanimidad y de compasion; todo acrecentaba el afecto en el alma de Margarita y el amor en el corazon de Buonvicino. Comprendió éste que la pasion le unia para siempre á Margarita, y su llama se inflamó mas y mas cuando llegó á ser madre, madre del niño mas querido y en el cual se encarnaba para él toda la felicidad soñada en el tiempo de las quimeras; su amor llegó al extremo cuando la vió llenar sin orgullo y sin ostentacion, con fortaleza y ternura todos los sagrados deberes de la maternidad.

Margarita no reconocia ó no queria reconocer en la conducta de Buonvicino, sino un efecto del cariño que la habia profesado en su juventud. Altamente persuadida de la virtud del caballero, no pensó siquiera atrincherarse en la severa reserva que sin duda hubiera adoptado á saber que aquel procuraba inspirarle un sentimiento que no podia existir sin crimen. Pero los ojos de un amante suelen ofuscarse fácilmente. Las gracias de la familiaridad, las delicadezas de un alma elevada, la confianza ingénuo y apasionada que veia en Margarita, hacia entrever á Buonvicino algunas esperanzas para el porvenir de su pasion. ¿Pero de qué naturaleza eran estas esperanzas? Eso es lo que él ignoraba y lo que no queria saber; pero si acaso las examinaba, le parecian bien inocentes. Hacer traicion á un amigo, deshonor á una muger á quien consagraba mas admiracion que amor, y á quien amaba por el sublime respeto que le inspiraba, era una idea que ni siquiera podia presentarse á su imaginacion. Su sola ambicion era decirle cuánto la amaba, contarla su pasion, sus sufrimientos, probarle que no la habia engañado cuando presentaba á su imaginacion de inocente doncella un misterio fácil de penetrar, y revelarle los atroces dolores que atormentaron su alma cuando la arrancó de su corazon ó al menos cuando quiso intentarlo: el colmo de sus deseos hubiera sido conocer que Margarita admitia su amor, que no la desagradaba el saber que era adorada por él y que recibia con satisfaccion el homenaje de esas empresas caballerescas en las cuales se habia distinguido siempre gloriosamente. Eso es lo que él creia desear y lo que quizá deseaba en realidad, aunque esos son los sueños con que la

pasion se alimenta cuando quiere justificar la imprudencia del primer paso, de ese imprudente paso que tantos darán bajo el impulso de una fatalidad inevitable.

Buonvicino conocia en sus intervalos de sangre fria que alimentaba ilusiones y probó diversos medios para arrancar de su alma un sentimiento criminal. Viajó por algun tiempo, pero en breve volvió á Milan persuadido de que la ausencia es lo mismo que el viento que apaga las chispas y alimenta los incendios. Buscó distracciones en el mundo y sus placeres, pero todo placer le parecia pálido y frio cuando Margarita no participaba de él, y el espectáculo de la vanidad, del egoismo, de la bajeza humana, le conducian mas inflamado á la querida imágen de su adorada: recurrió á la oracion, pero el fantasma querido se colocaba, inevitable entré él y Dios, como la mas hermosa criatura que el cielo hubo formado: en una palabra, todo lo probó, todo, escepto el único remedio cuya eficacia absoluta conocia: un destierro perpétuo.

Finalmente, arrastrado por la violencia de su pasion y el convencimiento de su inocencia, resolvió descubrir su amor á Margarita: ¿pero cómo hacerle semejante confesion de viva voz? si cuando su amor era licito y puro, cuando podia abrigar la esperanza de verlo admitido, no habia osado nunca revelárselo, ¿cómo podia hacerlo ahora que debia temer los efectos de semejante revelacion? En esta incertidumbre recurrió á uno de esos medios ambiguos que son el refugio de aquellos que no saben tomar una firme resolucion; se determinó á escribirla. Meditó largo tiempo su carta, la escribió, la borró y la volvió á escribir de nuevo para borrarla todavia; la comenzaba otra vez y á la mitad de su obra arrojaba la pluma arrepentido: ninguna frase era bastante moderada, ninguna palabra bastante casta, ninguna expresion, ningun racionio bastante apasionado: jamás hoja de pergamino sufrió tormento semejante.

Terminó al fin su carta. La amistad que le unia á la familia, alejaba toda sospecha, y por otra parte los negocios y los placeres retenian á Pusterla fuera de casa la mayor parte del dia: podia pues sin temor enviar un criado á que entregase su misiva á Margarita.

Pero desde el momento en que el mensajero puso los pies en la calle, ¡qué tempestad se levantó en el corazon de Buonvicino! ¡cuántas ilusiones, cuántos temores, cuántas esperanzas le combatieron á un mismo tiempo! ¡cómo se arrepentia de haber dado aquel paso imprudente! ¡cómo volvía á su imaginacion cada palabra, cada frase, cada pensamiento del fatal billete, como otros tantos crímenes acompañados de castigo y remordimientos! — ¿Quién sabe? se decia á sí mismo; el criado no se acordará de mi encargo.... no la habrá encontrado quizá, ó viéndola con otras personas no podrá entregarle mi carta.... — Me la devolverá.... quiero rasgarla, reducirla á cenizas, y.... No, jamás, jamás la revelaré mi pasion.... huiré lejos de ella; tan lejos que no pueda tener noticias suyas: la arrancaré de mi corazon y borraré su imágen con la imágen de un nuevo amor; otros cuidados, otros placeres, otros sufrimientos me ayudarán á olvidarla.... ¿Pero qué digo? ¿no es ella digna de todas las felicidades? ¿no es ella la mas amable, la mas noble, la mas encantadora de todas las mugeres? ¿no es un ángel, en fin? Pues si mi alma se ha enardecido hasta el punto de adorarla, ¿no es justo que sufra yo por tan digno objeto? ¿Qué dolor habrá que no sea suficientemente recompensado con el don de su amor? — ¡Oh! ¡si pudiera yo obtener ese don inestimable!... ¡si ella me amase!... ¡si llegára á decírmelo!... ¡Oh! no, ¡jamás, jamás! ¡Miserable de mí que he querido tentarla y turbar su reposo!... ¡Vuelve, vuelve, mensajero! ¡asi llegue mi voz á tus oídos! ¡asi puedas decirme cuando vuelvas que tu funesta mision no se ha cumplido!

Así bramaba la tempestad en el alma de Buonvicino mientras el criado se dirigia á casa de Margarita. A falta de

relojes que le marcasen los minutos de su agonía, Buonvicino los contaba por los latidos de un corazon desesperado: presa de la mas violenta sucesion de ideas, recorria la habitacion á pasos desiguales, y prestaba el oido atento al mas ligero rumor: la tardanza del mensajero evocaba en su imaginacion estraños fantasmas. Asomó la cabeza, en fin, á la ventana, por donde penetraba el primer soplo de los suaves céfiros de Abril, y descubrió á su mensajero. Cada paso de aquel hombre que resonaba en la escalera era un agudo puñal que penetraba en el corazon de Buonvicino. Cuando el criado abrió la puerta y se presentó delante de él, no tuvo valor para mirarle ni dirigirle una pregunta.

— He entregado la carta en manos de la señora: dijo el criado, y se retiró al momento.

Esta palabra, tan sencilla, tan natural, tan esperada, le sumergió en el mas terrible desórden de ideas. Dejose caer



sobre una silla, y el efecto que su carta debió producir á Margarita vino á dar nuevo alimento á las angustias de su agonía. Perder la estimacion de su adorada era la mas terrible desgracia que pudiera sobrevenirle:... despues se liasonjeaba de que su carta no merecia tan espantoso castigo.

— Quizá, se decia á sí mismo, la ha recibido con agrado; quizá me prepara en este momento una tierna contestacion; quizá la primera vez que la vea me demostrará que no le soy un objeto odioso.... ¡Oh! saber que ella me ama; oirlo de su boca; verlo pintado en sus ojos.... en sus ojos mas elocuentes que las mas expresivas palabras.... esa, esa seria para mí la suprema, la eterna felicidad. ¡Con qué solicitud me afanaria por satisfacer sus menores deseos! Proezas guerreras, galantes torneos, ¡qué no emprenderia yo por aumentar el amor de mi dama y por hacerme mas grande y mas digno de su cariño! — ¿Pero y si fuera lo contrario?... ¿si se creyese ultrajada?... ¡si no fuera yo á sus ojos sino un vil seductor!...

Jóvenes contemporáneos míos que veinte veces habeis pasado por iguales circunstancias sin experimentar semejan-

tes agitaciones; que meditais friamente la seducción y esperais con indiferencia sus efectos, ya veo que sonreis á la narracion de los tormentos de ese hombre y decis que es imposible. Pero, jóvenes contemporáneos, poned la mano en vuestro pecho, y si teneis el corazon de Buonvicino, si el objeto de vuestros pasajeros caprichos se parece á Margarita.... Vamos, reid, reid en hora buena.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

GARRICK.



GENERALMENTE se observa que cada siglo produce diez cantantes de primer orden y cada diez siglos producen un actor consumado: eso solo responderíamos á los muchos que promueben la cuestion de cuál de las dos artes es mas difícil de poseer con perfeccion, si el de la música ó el de la declamacion. Sin embargo, por

una inesplicable casualidad, que acaso jamás vuelva á repetirse, tres hombres sublimes, tres genios en su clase asombraron á la Europa en el escaso período de cuarenta años y elevaron la escena y el arte de declamacion á un grado de esplendor, que si bien no ha podido sostenerse en él, ha servido de base y estudio para los que en la actualidad se dedican á esta penosa, cuanto difícil carrera. Estos tres hombres fueron: *Maiquez*, actor español, *Talma*, actor francés, y *Garrick*, actor inglés. De este último vamos á ocuparnos ligeramente como menos conocido en nuestra patria y mas original y digno de estudio por las casi milagrosas dotes que lo adornaban.

David Garrick nació en 1718 y fue el actor mas admirable que ha existido por la prodigiosa facilidad que poseia de arreglar ó descomponer la musculatura de su rostro hasta el punto de imprimirle el carácter ó semejanza del personaje que queria representar. Este admirable actor, justamente apellidado el *Roscious* de Inglaterra, casi nos hace creer cuanto de fabuloso y sorprendente hemos leído acerca de las pantomimas de los griegos. Para que nuestros lectores formen una exacta idea de la singular habilidad de este actor, referiremos algunos hechos ocurridos ayer y casi en presencia de nosotros: tocante á Garrick, ni la historia ha tenido todavía tiempo de pintar, ni la poesía de inventar: sus cenizas están aun palpitantes, y á fines del pasado siglo aun honraba la escena inglesa el eminente actor, dando vida á las gigantescas creaciones de Shakspeare.

Garrick y el pintor Hogarth eran íntimos amigos del célebre Fielding que murió sin consentir jamás en dejarse retratar. Poco tiempo despues se hizo una edicion completa de sus obras, y Hogarth manifestó á Garrick el sentimiento que le causaba no poder poner al frente de ella el retrato del ilustre autor; á la mañana siguiente entró Garrick en el taller de su amigo, que con los ojos fijos en el lienzo estaba completamente embebido en su trabajo, y le suplicó que le designase un sitio retirado adonde poder ensayar diferentes situaciones teatrales. Sin distraer su atencion del cuadro que la ocupaba, le señaló Hogarth con la mano un pequeño gabinete cuya puerta se comunicaba con el taller y en el que entró Garrick. A los pocos instantes oyó el pintor una voz que repetia claramente: «¡Hogarth, Hogarth!...» No fijó por de pronto su atencion, pero al repetirse por segunda vez el llamamiento, se estremeció involuntariamente, y aun cuando no creia en duendes ni aparecidos, tuvo que convenir en que

la voz que habia herido sus oidos era la del difunto Fielding. Sobrecogido de espanto, mil ideas se agolparon á su mente, y en tan terrible momento sonó por tercera vez la misma voz que gritaba con fuerza: «*Ya estoy cansado de esperarte, ¡Hogarth! toma los pinceles y ven, porque solo puedo concederte muy breves instantes.*» La turbacion, el espanto de que se encontraba poseido el pintor confundieron completamente sus ideas, y olvidó que acababa de entrar Garrick en aquel aposento: agarró el lapicero y penetró bruscamente en él.—¡Oh prodigio! ¡Fielding aparece á su vista! sus mismas facciones, sus mismos ademanes, ¡su peinado, su grave continente! Pálido y consternado dibuja Hogarth con precipitacion, y faltó ya de fuerzas y próximo á desmayarse, siente una estrepitosa carcajada que descomponiendo la fisonomía del inimitable actor la restituye á su primitivo y natural estado.

Este retrato verdaderamente original es el que figura al frente de las obras de Fielding.

Un célebre escritor francés nos esplica del modo siguiente la manera con que en una tragedia desempeñaba Garrick el papel de un tirano, que horrorizado de la enormidad de sus crímenes, muere lleno de remordimientos.

«La muerte se imprimia sobre su rostro; sus ojos se oscurecian, su voz se prestaba con dificultad á articular el pensamiento; sus gestos, sin perder la espresion, caracterizaban admirablemente la aproximacion del último instante: sus piernas se doblaban naturalmente, sus facciones se alargaban, su tez pálida y lívida tenia el sello del arrepentimiento y del dolor, y toda su persona caia en ese estupor horrible que indica una imaginacion subyugada bajo el peso del recuerdo de grandes crímenes. Espantado con la presencia de esas fantasmas espantosas, luchaba contra la muerte, y la naturaleza parecia que le ayudaba en la lucha: en estos momentos hacia estremecer á los espectadores. Arañaba la tierra y cavaba, por decirlo así, su propia tumba; pero el momento llegaba y la muerte aparecia en toda su espantosa realidad: el estertor, los movimientos convulsivos de su rostro, de su pecho y de sus brazos y la caída de la cabeza en ese momento supremo, eran la última pincelada de tan terrible cuadro.»

Así se espresa el testigo ocular, y así hemos visto retratar esa difícil situacion á nuestro célebre actor D. José Valero, desempeñando el papel de *Luis Onceno* en el drama de Delavigne. Sea esto dicho sin querer entablar comparaciones entre un actor cuya nombradía ha recorrido todos los puntos del universo, y otro que aunque joven y sin ella fuera de nuestra patria, es ya objeto de la admiracion del que lo escucha en ese drama.

Sumamente estudioso y apasionado por su arte, los dias en que Garrick tenia que desempeñar algun papel importante, se privaba de toda distraccion, y encerrado en su casa renunciaba á la presencia de sus mas íntimos amigos. Nadie, por el contrario, mas festivo y alegre que él, cuando tenia que desempeñar algun papel de calavera, de petimetre: aparte de lo que facilita el arte y el estudio, la fisonomía de Garrick era naturalmente propensa á plegarse sin dificultad al carácter que se le antojaba.

Murió Garrick en su casa de campo, y el 1.º de Febrero de 1779 se le hicieron los funerales con una pompa verdaderamente regia. Despues de haber tenido espuesto el cadáver al público durante veinticuatro horas, se colocó en una magnífica caja vestida de terciopelo de color de púrpura con adornos de oro, y se verificó su traslacion á la abadía de Westminster. El duque de Devonshire, los condes de Apscher, de Ossori y Spenser, el vizconde Palmerstone, el lord Cambden, MM. Rigby Stanley, Patterson, y Albani-Wallis llevaban los cordones del paño mortuario: una infinidad de personas distinguidas acompañaban al féretro; cincuenta

carrozas enlutadas seguian á la comitiva, y un destacamento de guardias cerraba la marcha.

El cadáver de Garrick fue inhumado en la parte de la iglesia conocida por el nombre de *Angulo de los Poetas*, y juntamente al pie del monumento de Shakspeare que tanto contribuyó á su gloria.

Su herencia ascendió á tres millones, seiscientas mil libras esterlinas.

David Garrick fue el primer actor que salvó la valla que separaba á esta clase de las mas elevadas de la sociedad: los reyes le dejaron un espacio entre sus sepulcros, los grandes

de la tierra lo honraron como á su igual, y la Inglaterra repite su nombre con entusiasmo. ¡Tal es el privilegio del verdadero genio! el mundo es su patria, el talento su blason, la gloria su esperanza, la admiracion y el respeto de los demás hombres, su mas noble y nunca mentida recompensa. — *Rafael de Carvajal.*

ENRIQUE VIII.

Hay un pueblo en el mundo que presenta el contradic-



torio espectáculo de una opulencia inmensa y de una miseria la mas abyecta, una aristocracia orgullosa y una plebe embrutecida; el oro y los harapos, el lujo y la mas espantosa mendicidad: es un pueblo que se derrama por todos los rincones del globo; y en los desiertos de la Florida, en las orillas del Orinoco, en las soledades de Palestina, en las faldas del Caucasos, en las ruinas de la Grecia y en los apartados climas de la China y del Japon, lo mismo que en las riberas del mar Glacial, se encuentran todos los dias hijos de ese pueblo que, arrebatados unos por el spleen, otros por curiosidad y casi todos por lujo, andan vagando por to-

das partes, apareciendo y desapareciendo, como las razas nomadas del atlas. Doquiera se encuentran, y despues de largos viages llegan á un punto, derramando el dinero, miran, preguntan, compran un traje del pais que visitan, y despues de echar una ojeada al rededor, y satisfechos de que no queda mas que ver, desaparecen con la misma rapidéz con que vinieron. Lanzados de su suelo por la tristeza que les devora allí, recorren cien pueblos, cruzan por todas las naciones y siempre sombríos, regresan al hogar doméstico para hacer sentir sobre los infelices jornaleros y proletarios la mas espantosa tiranía. Hablan de libertad, y

Apuntes históricos.

ARTÍCULO I.

todo el mundo reducido á ruinas seria el mas bello escalpel de sus montañas, hablan de tolerancia religiosa, y encuentran criminal todo lo que no se halla adherido á sus creencias, y predicán la filantropía, y entre ellos solo es mas libre el mas rico, y su egoismo se estiende á sus mismos intereses domésticos. Tal es el pueblo inglés; tal es el pueblo á quien el célebre Enrique VIII inspiró sin duda las bases de la política, que le rige desde principios del siglo diez y seis. Grande monarca Enrique VIII convirtió á su pueblo en un juguete, que le sirvió á su antojo, así como le sirvieron de pasatiempo los amores y el cadalso en que perecieron las mismas damas que le habian prodigado las delicias. Su genio altivo no pudo sufrir la inmensa preponderancia de nuestro invicto Carlos I, y cuando convino á sus intereses se alió con Leon X, con Soliman el Magnífico, con Francisco I y la república de Venecia para poner á prueba al monarca español; y cuando creyó que nada podia derribarle de su trono, porque su pueblo tembló, y la España desdeñó ocuparse de él, quiso tambien constituirse cabeza de la religion de su país; mandando sobre las vidas y sobre la conciencia de sus súbditos; y el mismo brazo de hierro, cuya sombra aterraba á los sumisos parlamentos, interpuso un muro eterno entre la corte de Roma y la corte de Albion.

¿Qué convicciones religiosas estaban arraigadas en el mundo cristiano á principios del siglo diez y seis? Sin contar otras de mayor ó menor valía, descollaba una, que era como el paladion de las creencias: «la unidad de la Iglesia de Cristo representada por sus vicarios, los sucesores de san Pedro.» Pero la voz de Lutero, halagando á los potentados, esparció con éxito las doctrinas de emancipacion intelectual, particularmente dirigidas contra las prerogativas de los papas, robusteciendo por de pronto la autoridad de los monarcas, para deducir nuevas consecuencias en el discurso de los años y preparar entonces la emancipacion de los pueblos. Enrique de Inglaterra, que no sufría las condiciones de ningun poder sobre la tierra, quiso tambien negarse á admitir las que como gefe de la Iglesia pudiera imponerle el obispo de Roma, cabeza de la cristiandad. Su audacia misma impuso á sus súbditos, y el pueblo inglés, besando humildemente el pie á su monarca negó tambien con él la obediencia al pontífice romano.

Desde el reinado de Enrique VIII, cuya política era superior á su valor, y cuya audacia era mayor que su política, la Inglaterra formó, digámoslo así, una valla del mismo Océano que la separa del continente, y se ha hecho grande con los derrumbamientos de otros pueblos. Todo para mí, se dijo Enrique VIII, y todo para mí, ha repetido de siglo en siglo la Inglaterra y repetirá hasta su desquiciamiento. Enrique, pues, es el que dió al pueblo inglés las bases de esa constante política que le distingue. El mundo la ha conocido: Napoleon quiso desbaratarla, y Napoleon no lo consiguió: el mundo calla. — V. Boix.

D. Isidro Bofill, maquinista en esta ciudad, Real cédula de privilegio esclusivo por cuatro años, por haber construido una noria que eleva 240 arrobas de agua por minuto á la altura de veinticuatro palmos con la fuerza de dos caballerías.

Celebramos que en nuestro país se haya dado nuevo impulso á la fabricacion de máquinas que, aunque conocidas en otras partes, deben conocerse tambien entre nosotros, y no podemos menos de felicitar al señor Bofill, cuyo establecimiento de fundicion y construccion adquiere tan notables adelantos. La Sociedad de Amigos del País habrá sin duda ya examinado el mecanismo de dicha noria, apreciándola en su justo valor, y no dudamos que esta y otras pruebas de nuestra industria serán aceptadas con la consideracion que se merecen.



AMAS se ha atrevido nadie á contestar la excelencia y utilidad de la historia. Al decir esto no emitimos la simple opinion de una persona, ni de la generalidad de los sábios, sino de toda la generacion, de todo el mundo civilizado. Esta es la causa de que los libros históricos que se publican en nuestros dias no vayan encabezados con aquellos largos discursos sobre la utilidad de la historia destinados á convencer á genera-

raciones rudas de que estaba en sus intereses, no solo morales sino hasta materiales, el estudio de la historia. Hoy dia no se puede ya decir sobre este punto sino vulgaridades, porque todas las altas ideas y elevados conceptos que se encuentran en los escritos de los que han demostrado la utilidad de la historia, se han hecho del dominio del vulgo á quien tan luego como se logre emancipar de algunas preocupaciones respecto á los tiempos pasados, se le verá apoderarse de los estudios históricos que despertarán en la generalidad la aficion al saber.

Con muy pocas palabras hace Ciceron el elogio de la historia llamándola: *testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y embajadora de la antigüedad*. No á todos es dado abarcar con rápida y simultánea ojeada las vastas regiones de los siglos é inmensos espacios de los tiempos, así como tampoco sabe sino el genio retratar con breves y seguras pinceladas al coloso de la historia de los tiempos. Las palabras, pues, de Ciceron que acabamos de traducir, son mucho mas significativas de lo que á primera vista parece y encierran en sí un completo elogio y difusa apología de la utilidad de la historia, como se verá por la breve amplificacion que vamos á hacer de ellas.

Llamamos testigo á la persona que presencia un hecho ó acontecimiento que puede certificar despues. Es pues evidente que la historia que presencia el transcurso del tiempo y que conserva la memoria de todos los acontecimientos que en él se realizan, está llamada con mucha propiedad testigo de los tiempos por el insigne orador. ¡Pero qué idea tan magnífica la suya! ¡qué imaginacion tan grandiosa, y qué elogio de la historia en una espresion tan breve! El tiempo.... el conjunto de los siglos.... aquel imperturbable anciano que nunca teme la aproximacion de la vejez, que grave como la impasibilidad de un Dios, ve elevarse en un punto del globo un pueblo nuevo como una burbuja de agua en la superficie de un lago; que ve extinguirse una nacion como una liviana luz que apaga el menor soplo de viento; que no detiene su paso ni un segundo porque se atravesase en el camino un diluvio.... observado y acechado por la historia, que humilde y benévola le combate y le vence en la lucha que ambos sostienen, él para sepultar los acontecimientos en el profundo abismo del olvido, ella para conservarlos visibles y patentes á las generaciones futuras!...

No está llamada con menos propiedad la historia *luz de la verdad*. Desde las primeras edades del mundo tiene declarada el averno cruda guerra á la verdad. No contento con haber causado la desgracia del género humano, envidioso de que pueda este por la espacion, la rehabilitacion y el perdon gozar de tanto bien como él quiso arrebatarse; el fraude, la mentira y el error, sus infatigables emisarios, son los combatientes que han fiado á las portentosas fuerzas que les presta

el príncipe de los réprobos el vencer y esterminar á la candorosa verdad.

Favorecidos con la neutralidad del tiempo, fuertes, rudos, terribles y pavorosos han sido los ataques con que en mil lugares y de mil maneras le han combatido; lagos de sangre han inundado los pueblos, torrentes de fuego han devastado las regiones; y los torbellinos de llamas y los enormes remolinos de humo producidos por la ignorancia, el fanatismo y la supersticion, han amenazado mil veces llegar á oscurecer la verdad y reducir de nuevo al mundo al indefinible caos. La verdad empero ha contado con bravos campeones, entre los que no lo ha sido pequeño la historia. Dispuesta á levantar hasta de los mismos horrores causados por los enemigos de aquella, de los horribles planes que concibieran y de las astutas cuanto atroces maquinaciones que combinaran, ha enervado siempre sus esfuerzos alumbrando á la verdad con sus indeclinables rayos, que atravesando hasta las cavernosas oscuridades de la supersticion y las negras murallas del fanatismo, han arrancado prosélitos á los contrarios y confortado la pujanza de los amigos. Sí, la historia, constante y bienhechora luz de la verdad, alumbrada con sus esplendorosos destellos á las generaciones que se suceden, y merced á su benéfico influjo cada año al ir á aumentar la cadena de los siglos ha marcado su paso con la estirpacion de un error, con la estincion de una preocupacion.

Llama tambien á la historia Ciceron, á quien deberia titularse el Grande, *vida de la memoria*. Y en efecto, únicamente la historia es capaz de transmitir un hecho sucedido cincuenta siglos antes de nosotros, á los vivientes cien siglos despues. Sin ella la memoria ó recuerdo de un acontecimiento, por extraordinario que fuese, seria tan breve y perecedera como las grandes sensaciones que en el momento produjera, ó como las miserables facultades intelectuales de los contemporáneos, y quizá de los hijos y nietos á quienes pudieran ellos transmitirla. Con la historia aquella memoria y aquel recuerdo son tan duraderos como la misma especie humana, que todavia puede adormecerse, sin que se le pueda achacar á locura, y sin que nosotros creamos en la metempsicosis, en la ilusion de la perpetuidad. Aquella memoria vive porque la historia la alimenta, la fecunda y la reproduce; porque ella la conserva y robustece, la fecunda y vivifica; porque ella la transmite, la estiende, la multiplica y es su propia vida y su existencia.

Peró entre los dictados que con mas propiedad se pueden dar á la historia, necesariamente hemos de colocar el de *maestra ó directora de la vida*. Seria un error creer que la historia solo tiene por objeto darnos noticia de los hechos notables que han presenciado los pueblos y las naciones, ó que han practicado los reyes y los príncipes, los sábios gobernadores y valientes capitanes, haciéndonos conocer las costumbres, leyes é instituciones de las diversas regiones del mundo, los proyectos, opiniones y empresas de los hombres que de la vida privada ó de un estado humilde se han elevado á un puesto distinguido, y de los poderosos que han descendido al mas ínfimo grado de la fortuna, como asimismo los medios de que se han valido los primeros y causas que han precipitado á los segundos. Es mas grande el objeto de la historia y la utilidad que resulta de su conocimiento y de su estudio; ella no ha conservado esa multitud de hechos, de datos y circunstancias solo porque se perpetúe su memoria, sino por el inmenso bien que el conocimiento de ellos puede producir. La historia nos instruye continuamente, ofreciéndonos en cada página un noble ejemplo que imitar, un feo vicio que detestar, mil reglas de conducta que saber y que aprender: por esto nuestro padre maestro Florez llama á la historia *filosofía historial*.

Y en efecto, por mas que nuestra razon nos persuada que tal accion es detestable y tal otra digna de un alma

grande, ninguno de sus argumentos tiene tanta fuerza como un ejemplo presentado por la historia. Al recorrerla nos trasladamos á la época y lugar de los acontecimientos, nos colocamos en medio de ellos, nos equipáramos á los personajes que en cada uno figuran, y llegamos á tomar tanta parte y tanto interés, que el recuerdo es imperecedero en nuestra memoria, y ésta se conserva tan viva como si lo leído fuese una esperiencia propia que nos hubiera real y materialmente afectado. Y no se diga que exageramos al ponderar tanto la enseñanza que nos suministra la historia; porque para demostrar lo contrario, bastaria enumerar algunos de aquellos errores capitales que causa la ignorancia de la historia en las naciones y que son los grandes obstáculos que retardan y entorpecen la marcha de la civilizacion, y que obligan á los sábios á crearse una atmósfera particular y separada de la comun de las gentes, porque corrompida la de estas por la ignorancia de lo sucedido en los siglos anteriores, no se puede respirar libremente en ella el ambiente de la ciencia. Citaremos por via de ejemplo el fanatismo y la incredulidad en materia de religion y de política.

Del solo hecho de que en nuestros tiempos no se ven milagros, ¡cuántas absurdas consecuencias deducidas por unos de que nos hallamos en tiempos de heregia y de irreligion que desvian de nosotros los ojos del Todopoderoso; y por otros de que la religion que nos han legado nuestros padres es un tegido de embustes, un atestado de imposturas y necedades engendradas por la supersticion y la ignorancia! Del solo hecho de los adelantos y progresos que han experimentado las artes, las ciencias y los pueblos en los últimos siglos, y de los trastornos que han conmovido á aquellos, ¡cuántas falsas consecuencias deducidas por unos de que nuestros padres eran ignorantes y estúpidos y sus gobiernos tiranos y opresores; y por otros de que caminamos á una disolucion y desbordamiento espantosos, desviándonos de la apacible existencia de que gozaban los pueblos bajo la égida de los gobiernos tutelares y paternales que creen proceder de un derecho divino y contar con la insustituible inmediata proteccion del cielo y de una religion sacrosanta!...

Considerese, pues, si son insignificantes y poco trascendentales, esos errores que dimanen de la ignorancia de la historia, errores que arman á los pueblos contra los reyes hasta llevarles al cadalso, y con ellos una gran parte de la honra y de la gloria nacional; que convierten las naciones en campos de batalla en donde crecen los odios y los rencores que dan por resultado la mútua destruccion de los individuos; que producen tantos mártires cuya sangre queda infecunda porque se vierte como si dijéramos en un terreno calcáreo y peñascoso; que relajan los vínculos sociales destruyendo la moralidad y el pudor en las costumbres y debilitando la fe en que están basadas las creencias para sustituirla con la árida materialidad y el cenagoso sensualismo; y dígasenos si es de poca valia la utilidad de los estudios históricos, los únicos que pueden estirpar aquellos errores reduciendo la razon al solo camino que debe seguir para no estraviarse, y haciendo conocer á las generaciones de hoy lo que no quisieran entender las de ayer y lo que comprenderán las de mañana; que las generaciones al sucederse no son llamadas á destruir sino á adelantar, rectificar y pulir el edificio en que las que les han precedido sepultaron sus años, sus afanes y su saber, obrando con tan recto fin y con tanta inteligencia como pudieron y supieron.

Por último, llamó el orador antonomástico á la historia *embajadora de la antigüedad*: habia principiado el período con una grande idea y era preciso acabarle del mismo modo. En los tiempos antiguos, y aun quizá en mayor escala que en los recientes, se experimentaron aquellos grandes trastornos, aquellos choques, desgracias y revoluciones que casi parecen inseparables de la condicion del género humano é inevitables

en su marcha y su progreso. En medio de tantas lágrimas, de tantas penalidades y trabajos, «al menos lo que nosotros pasamos, sufrimos y padecemos pueda ser provechoso y servir de ejemplo á las generaciones futuras,» tal debia ser la exclamacion y el deseo universal. No se debe buscar otro origen á la historia que, encargada de transmitir los hechos y acontecimientos de los tiempos que fueron, se presenta á la brillante imaginacion de Ciceron como la embajadora de la antigüedad. ¡Pero qué embajada tan noble, qué poderes tan ilustres, qué mision tan venerable! Gozando de la intimidad y confianza de los hombres y de los pueblos, de los siglos y del mundo; sabedora de todos los acontecimientos é informada de las consecuencias que de ellos se deducen, la ilustre embajadora, no de cien reyes ni de otros tantos pueblos sino de mil y mil generaciones, avanza compitiendo con el tiempo con paso mesurado, deja atrás todas las edades, todos los siglos, todas las generaciones, y «aquí estoy, dijo á nuestros padres, nos lo repite á nosotros y lo dirá á los que vendrán despues: si solo quereis saber tal hecho ó tal acontecimiento, preguntad, pronta estoy á responderos; si quereis entender toda una época, escuchad, yo os la explicaré; si quereis conocerme, venid, os recibiré en mis brazos, os estrecharé con ellos, y no solo os admitiré á mi trato y comunicacion, sino que os permitiré hasta registrar mi seno y escudriñar mis entrañas. Fortaleceos de antemano, deteneos para tomar aliento cuando os halleis fatigados, pero amadme, correspondedme, no desconfieis de mí, porque aquello que haya sucedido y no encontréis no es porque no está escrito sino porque no lo sabeis hallar, ó porque vuestro entendimiento es mas limitado que mi concepcion que tiene tambien su parte de misteriosa y oculta.»—*Roman J. Brusola.*

REVISTA TEATRAL.

La Straniera.—Otra casa con dos puertas.—El Dómine Lucas.—D. Alvaro.—Sancho García.

No hace muchos años que la *Estrangera* era una de las óperas mas favoritas del público, y una de las partituras cuyos cantos se encomiaban como un modelo de bellezas, y se oían tararear por las calles y las plazas: yo mismo participaba de esas sensaciones, y á pesar del mal oído que Dios me ha dado, le he hecho pasar muchos dolores de cabeza á mi familia y á mis amigos con el consabido

Parte conmigo misera, etc.

Pero es el destino de todos los seres y de todas las cosas humanas brillar en un momento y extinguirse en otro, quedando solo exceptuado de esta regla el gas del teatro, que en la actualidad se estingue bien, pero brilla mal. La *Estrangera* fue una arrogante moza que tuvo muchos adoradores, pero vino *Norma* y la desbancó completamente, á pesar de ser hijas de un mismo padre. El gusto del público ha mejorado con la inspiracion de los grandes maestros y las sublimes composiciones que de Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi, han inundado el orbe musical, no toleran la competencia con obras como la *Estrangeras* difíciles y profundas si se quiere, pero sin esos torrentes de armonía, sin esa gala de instrumentacion, sin ese espiritualismo que tanto se aviene á la actual sociedad positiva y clásica en la bolsa ó en los negocios particulares, y romántica é ideal en el teatro. La *Estrangera* es á las grandes óperas modernas lo que á ella era el Califa de Bagdad.

La egecucion no fue ni pudo ser buena. La señora Villó, es cierto, cantó muy bien, pero los demás cantantes, aunque hicieron laudables esfuerzos, tenian que luchar con insuperables obstáculos. Esta ópera fue escrita para un barítono, para Tamburini: el señor Santarelli no lo es, y por lo tanto no pudo lucir. La señora Scannavino cantó bien su pequeña parte. El público oyó en silencio la ópera, sin que nada lo despertase de su dulcísimo sueño.

Otra casa con dos puertas: lindísima comedia, aplaudida siempre y bastante bien egecutada. Todos los actores que tomaron parte, llenaron debidamente su cometido.

El Dómine Lucas: comedia del teatro antiguo y de las mas malas de Cañizares. Salvo alguna que otra escena llena de gracia, todo lo demás es pesado y trivial. Los actores, y especialmente el señor del Río, desempeñaron sus respectivos papeles todo lo bien que puede exigirse en una época en que se ha perdido el gusto á estas producciones y han desaparecido los que estaban acostumbrados á egecutarlas.

D. Alvaro ó la fuerza del Sino: muchas veces hemos hablado de este drama y de su egecucion; nada nos queda, pues, que añadir, sino que el señor Lugar estuvo felicísimo, y mejor que nunca en el último cuadro; y que la señora Toral y los demás actores lo hicieron regularmente. El señor del Río es un lego Meliton sin rival, pero un lego muy atrevido y que se toma demasiadas licencias.

Sancho García: el señor Pizarroso es digno de elogio en mas de una escena por la intelgencia y brio con que desempeña el papel del rey, y al decir esto tenemos la conciencia de que somos justos. Las señoras Toral y Carrasco, y los señores Parreño, Cejudo y Comerma desempeñaron bien sus respectivos papeles.

La Mosca.

SOCIEDAD LITERARIA DE VALENCIA.

Con el tomo 13 y último de *Los Misterios de Londres*, concluye la publicacion de los tomos de la Biblioteca del Fenix. La razon de esto estriba en que, estando verificándose la de las *Mil y una novelas* que es la mas barata y lujosa de España, no puede sostenerse la otra al precio en que se verifica toda vez que casi todos sus suscritores lo son al FENIX. Los señores que en la actualidad reciben las entregas de las *Mil y una novelas* al precio de UN REAL DE VELLON por ser suscritores á los tomos de la Biblioteca, cesan por consiguiente en el goce de este derecho, y para continuar disfrutándolo deberán suscribirse al FENIX. Los señores que quieran continuar con las entregas de las *Mil y una novelas* sin suscribirse al FENIX las satisfarán á razon de dos reales vellon cada entrega, satisfaciendo cuatro adelantadas á lo menos.

Al mismo precio de UN REAL DE VELLON daremos *Los siete pecados capitales* á los señores suscritores al FENIX.

BIBLIOGRAFÍA.

EL JUDÍO ERRANTE.

Traduccion de D. Wenceslao Aiguals de Izco.

Se ha repartido el séptimo y último volumen de la edicion ilustrada.

Los 22 tomos de la primera edicion sin láminas, se venden á 88 reales en Madrid, y 110 en las provincias, franco el porte. Se suscribe en las librerías de Gimeno y Casiano Mariana.

Director literario: D. Rafael de Carvajal.

MIL Y UNA NOVELAS.

Por entregas de 64 páginas en 8.º mayor, edicion de lujo. Para los Sres. suscritores al FENIX, un real de vellon la entrega; para los que no lo sean, dos reales: á los de fuera se les aumentará medio real por entrega. Se suscribe en provincias, tanto al FENIX como á las novelas, remitiendo libranza sobre correos, franca de porte, á favor del director del FENIX; en Valencia en la